

MOVIMIENTOS POPULARES Y FUERZAS ARMADAS

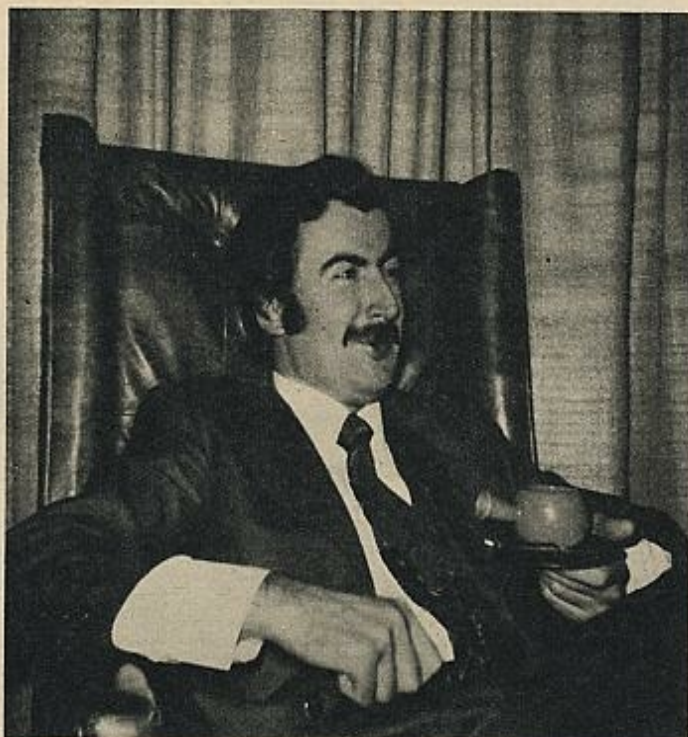
TRAS la ruptura violenta de la experiencia chilena hacia el socialismo, emerge con más fuerza y singularidad la Revolución cubana dentro del agitado panorama político de Latinoamérica. ¿Está en peligro la supervivencia? ¿Es posible hoy un experimento similar en aquel continente? ¿Hay perspectivas de que influya en otros pueblos del hemisferio?

—La Revolución cubana está consolidada y ha pasado ya el período de mayor dificultad, tanto desde el punto de vista interno como del internacional, derivado del bloqueo y la ofensiva dirigida por Estados Unidos para ahogarla a comienzos de la década pasada. El fortalecimiento del régimen revolucionario en Cuba, tanto política como económicamente, es indudable. El bloqueo norteamericano ha fracasado en términos globales, y ya el año pasado la mayoría de países latinoamericanos resolvió poner término a la cuarentena que pesaba sobre la isla. El régimen socialista cubano seguirá su camino, de acuerdo con sus características específicas y sus posibilidades. Desde este punto de vista, no creo que haya mayores sorpresas en el futuro.

—Ahora bien, otra cosa es hablar de la presencia en el continente latinoamericano de un proceso revolucionario de naturaleza semejante. Eso es altamente improbable, tanto ahora como lo fue en los años sesenta. ¿Por qué? Pues porque el proceso revolucionario cubano —que ha recorrido varias etapas— empieza por una forma de toma del poder cuya repetición o ensayo en el continente en los años sesenta, se encontró con una serie de obstáculos —internos e internacionales— tan poderosos, que impidieron su éxito. Y esos obstáculos persisten hoy todavía. Por consiguiente, el proceso revolucionario seguirá caminos propios, diferentes en cada caso, en cada uno de los países latinoamericanos, de acuerdo con la realidad concreta de los mismos. Realidad distinta de la de Cuba, en general, y que presenta diferencias muy grandes de un país a otro.

—¿La yugulación de la pacífica y democrática «vía chilena al socialismo» puede significar la vuelta a métodos violentos —la guerrilla, por ejemplo— como intento por parte de los pueblos latinoamericanos de hacerse con el poder?

—No se puede predeterminar la forma que va a tener la lucha de los pueblos latinoamericanos por la liberación social —en el interior de sus países— y por el término de la relación de dependencia que existe respecto del sistema capitalista internacional. La presencia o ausencia de violencia está condicionada por la capacidad de in-



Joan E. Garcés: «En el caso portugués no existen unas Fuerzas Armadas salidas de una guerra civil, que es el factor político y militar más importante de la España de los últimos cuarenta años».

José Guerrero Martín

Joan E. Garcés nació en Valencia, en 1944. Cursó sus estudios universitarios en Valencia, Madrid y París. Es licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de La Sorbona, de París. Ha sido profesor de las Universidades de Lovaina, Autónoma de Madrid, Los Andes de Bogotá y Facultad de Ciencias Sociales de Santiago de Chile. En 1970 fue invitado por Salvador Allende para que formara parte de su equipo personal en la campaña electoral que le llevaría a la Presidencia de la República chilena. Garcés, como asesor político del Presidente Allende, vivió paso a paso y desde el principio hasta el fin la experiencia conocida ya como «vía chilena al socialismo». En la actualidad ejerce como docente investigador en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de París, siendo su especialidad el «cambio político». Es autor, entre otros muchos libros y artículos, de las obras «Chile: el camino político hacia el socialismo» (Ariel, Barcelona, 1972), «Desarrollo político y desarrollo económico —los casos de Chile y Colombia—» (Tecnos, Madrid, 1972), «El Estado y los problemas tácticos en el Gobierno de Allende» (Siglo XXI, Madrid, 1974) y «Démocratie et Contre-révolution» (Marabout, Bruselas, 1975).

Joan E. Garcés ha ofrecido, el pasado día 12 de este mes de abril, en el Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona y organizado por la Cátedra de Teoría del Estado de la Universidad de la Ciudad Condal, una charla-coloquio sobre aspectos políticos de la máxima actualidad, siendo ésta su primera actuación en público en España desde 1970. En la presente entrevista se recogen muchos de los conceptos fundamentales vertidos en dicha conferencia-coloquio.

terferencia de las fuerzas contra-revolucionarias, en primer lugar. Personalmente me parece que la diferenciación entre «vía pacífica» y «vía violenta» no es oportuna. Otra cosa es hablar de que la revolución socialista en América Latina tenga que hacerse enfrentando el movimiento popular al conjunto de las Fuerzas Armadas del Estado. Esta perspectiva es inviable, imposible. El cambio de estructuras sociales y económicas en América Latina, en un sentido anticapitalista y antiimperialista, no puede hacerse al margen de las Fuerzas Armadas. Por el contrario, necesita contar con su apoyo, o al menos con el de un amplio sector de ellas, el sector más ligado a los intereses populares y nacionales. En este sentido, la realidad muestra hasta qué punto era equivocado pensar —a principios de los años sesenta— que el conjunto de las Fuerzas Armadas del Perú estaba subordinado a los intereses de Estados Unidos. La situación del Ecuador (diferente de la del Perú) y la de Panamá muestran asimismo hasta qué punto las Fuerzas Armadas son sensibles a la realidad de su propia sociedad. En otros países, esa toma de conciencia sigue un ritmo diferente; pero cualquiera que sea la secuencia de tiempo en que ello tenga lugar, el movimiento popular —en ningún país latinoamericano— podrá llegar al poder sin contar con la colaboración de militares profesionales desde dentro de las propias Fuerzas Armadas.

—¿El que los partidos políticos, incluido el PC, adopten una postura no-violenta, a veces contempladora, puede suponer un elemento que impida, retarde u obstaculice el hecho revolucionario en Latinoamérica?

—El retraso o la aceleración de los ritmos revolucionarios dependen de muchos factores, pero sobre todo de uno: la acumulación de fuerzas y de poder por parte de los movimientos populares para imponerse a las organizaciones representativas del gran capital dentro del país y de los intereses de las grandes empresas multinacionales. Esa acumulación de poder por parte de las fuerzas populares necesita una alianza amplia del conjunto de los trabajadores con los sectores democráticos de las clases medias; y necesita no sólo fuerza social y fuerza política, sino también fuerza militar. Esa fuerza militar no se puede encontrar fuera de las Fuerzas Armadas. Hay que asociar, habrá que asociar, se está asociando ya, y se asoció por un tiempo (por ejemplo, en Chile), a los movimientos populares con sectores de las Fuerzas Armadas para en conjunto (fuerzas civiles ▶

y militares) crear las nuevas condiciones de poder dentro de los países latinoamericanos, capaces de dar una salida a las manifestaciones de crisis de hegemonía social que se vienen repitiendo ininterrumpidamente en el conjunto del continente.

—¿Qué futuro inmediato espera al Perú? ¿Ha llegado ya el momento de que el régimen militar sea sustituido por un sistema civil, o, por el contrario, habrán de pasar todavía unos años para que eso suceda y quede consolidado el actual proceso revolucionario en marcha?

—Este planteamiento es muy específico, y creo que compete responder a tus preguntas a los propios responsables del proceso peruano.

El papel del gigante brasileño

—¿Hasta qué punto influye Brasil en los movimientos contrarrevolucionarios del continente? ¿Es previsible contar todavía durante años con su papel de «gendarme de Estados Unidos» en el hemisferio?

—Las Fuerzas Armadas brasileñas han cultivado y desarrollado una teoría geopolítica de predominio de su país sobre el conjunto de América del Sur, y la están poniendo en práctica desde mil novecientos sesenta y cuatro. Indudablemente, la presencia de Brasil en Sudamérica es muy importante y se ha manifestado en múltiples frentes. Esta política hasta la fecha coincide con los intereses globales de Estados Unidos en la región y entra en conflicto con las aspiraciones de los movimientos obreros, tanto del propio Brasil como del conjunto de los países sobre los cuales éste ha ejercido —de un modo u otro— una presión. Este juego de fuerzas todavía está en curso, y su desenlace va a depender de lo que pase en el interior del Brasil, pero también —muy fundamentalmente— de la correlación de fuerzas en cada uno de los países vecinos. No me cabe duda de que a mediano plazo los designios del sector más conservador de las Fuerzas Armadas brasileñas van a encontrar unos obstáculos insuperables, entre ellos los de tipo económico. La situación económica de Brasil, desde el punto de vista de los índices globales, puede parecer espectacular a distancia. Pero si se la analiza con detenimiento, los propios economistas partidarios de la economía de mercado reconocen que el deterioro de la situación social de la población brasileña en el transcurso de los últimos diez años ha sido muy considerable, y que el crecimiento económico no ha ido acompañado de un mismo crecimiento del bienestar social, sino que ambos han guardado una relación inversa. Esta situación está produciendo ya ciertas consecuencias políticas. Por ejemplo: en las recientes elecciones parlamentarias, a pesar de todas sus limitaciones, la mayoría de los sufragios ha sido reunida por el único partido de oposición permitido. Vale decir que a pesar de las extraordinarias li-

mitaciones políticas existentes, en Brasil no son los partidos del régimen actual los que han encontrado un respaldo político mayor. Dentro de las Fuerzas Armadas, este fenómeno tiene repercusiones. No hay que considerar como estática e inmovible la situación de poder, en sus definiciones sociales e ideológicas, de los actuales gobernantes de Brasil.

—Por otra parte, la capacidad de influencia e interferencia de Brasil en los otros países es muy desigual. No es la misma sobre un país pequeño como Uruguay que

uruguayos, organizados sindical y políticamente, no estaba encuadrada por los «tupamaros», sino por otras organizaciones políticas que divergían profundamente de las tácticas y de las formas de lucha de aquéllos, aunque los objetivos a largo plazo —particularmente la instauración de un poder popular— pudieran coincidir. Pero no basta coincidir en los objetivos si previamente no hay acuerdo en los medios operacionales para recorrer las etapas intermedias. Nunca los «tupamaros» estuvieron a punto en Uruguay de alcanzar el poder. Es

socialismo por senderos pacíficos y de entregar el poder a los movimientos populares. ¿Dónde está la clave de la ruptura violenta y antidemocrática de la experiencia allendista?

—La Interrupción violenta del proceso iniciado por el Gobierno de la Unidad Popular obedece a la confirmación de que en las actuales circunstancias de América Latina, la transición del socialismo por la vía de la guerra civil es imposible. En el caso de Chile, quienes más interés tenían en que el proceso revolucionario llegara a de-



«Desde el punto de vista de la capacidad estructural de la economía francesa, la capacidad de consolidación y de desarrollo de una experiencia hacia el socialismo en ese país es mayor que en Chile». (En la foto, Séguy, Marchais, Mitterrand y Edmond Maire, durante una manifestación contra el golpe de Pinochet.)

sobre Argentina, con muchos más recursos propios de toda naturaleza y que además está interesada en evitar —y tiene conciencia de ello— la satelización por Brasil. No es la misma sobre Bolivia que sobre Chile, país este que encontrará su propio camino —superada la etapa de Pinochet— y que ciertamente no pasa por el enfeudamiento a Brasil. Lo mismo ocurre con Perú, Colombia y Venezuela. Por consiguiente, el designio original de la derecha militar y económica brasileña más ligada a Estados Unidos es poco probable que encuentre a medio plazo posibilidades de realización. Los obstáculos van a ser mucho más grandes que lo que hubieran podido imaginar los mismos promotores del actual régimen brasileño.

Uruguay, Chile y Argentina

—Aquí en Europa pareció en un momento dado que los «tupamaros» se iban a hacer con el poder en Uruguay, lo que hubiera significado el primer triunfo total de la guerrilla urbana en Latinoamérica. ¿Cuál fue la clave de su derrota?

—En la situación interna de Uruguay, la realidad no fue así jamás. La gran masa de los trabajadores

más: los «tupamaros» son una manifestación uruguaya de fenómenos paralelos surgidos, de un modo u otro, en casi todos los países latinoamericanos en los años sesenta. La suerte de todos ellos ha sido común: la imposibilidad de alcanzar el poder en América Latina por la vía armada enfrentándose con el conjunto de las Fuerzas Armadas del Estado.

—Por otro lado, no se pueden plantear los problemas de transformación política y social —en profundidad— en cualquier país del mundo occidental en términos exclusivamente nacionales, porque estamos inmersos en estructuras de poder económico y militar mundiales. Cualquier cambio interno de un país que afecte a su estructura de poder y a su alineamiento entre las fuerzas predominantes del mundo, adquiere automáticamente dimensiones extranacionales. Todo lo cual hace que factores externos al país condicionen en todo momento las opciones internas, de modo que no se puede diseñar ni llevar a la práctica ninguna acción colectiva haciendo abstracción de la capacidad de intervención extranjera y de la correlación de fuerzas internacionales en su incidencia sobre cada país.

—En el otro polo está el Chile de Allende: el intento de llegar al

finirse a través de formas de lucha armada eran Estados Unidos y la derecha criolla. Cuanto más cerca se encontró el proceso de esa fase, más debilidad objetiva y menor capacidad de mantenimiento de su situación de poder tenía el movimiento popular. El Gobierno hizo todo por evitarlo. Pero las fuerzas que se acumularon en su contra en el transcurso de los últimos doce meses fueron superiores a esa voluntad, y llegado el momento cayó defendiendo las libertades y las instituciones democráticas como formas de vida entre los chilenos.

—Argentina completa el llamado «cono Sur» del continente americano. ¿Qué salida atisbas tú a la confusa situación política actual en un plazo medio de tiempo?

—No juguemos a futurólogos en el caso argentino, tan peculiar y complejo. Los Sindicatos, amplios sectores sociales, las Fuerzas Armadas, se propusieron entre mil novecientos setenta y uno y mil novecientos setenta y tres llevar adelante un proyecto de institucionalización democrática del país. El retorno de Perón tenía esa intención, pero su muerte coincidió con el estallido de las profundas contradicciones que venían coexistiendo dentro del movimiento peronista. Hasta el momento, aquel pro-



«En el caso de Chile, quienes más interés tenían en que el proceso revolucionario llegara a definirse a través de formas de lucha armada eran Estados Unidos y la derecha criolla». (En la foto, Allende durante una visita a una fábrica.)

pósito se mantiene. La coyuntura económica en mil novecientos setenta y tres y mil novecientos setenta y cuatro fue propicia. Sin embargo, la desaparición de Perón está obligando a sus seguidores a estructurarse en torno de opciones económico-sociales y políticas concretas, lo que va a terminar con la heterogénea amalgama alrededor del líder carismático. Ese es el problema real, más profundo y trascendente que la violencia cotidiana, en la que están implicados sólo sectores muy minoritarios de aquella sociedad; las grandes masas de trabajadores y del pueblo argentino, en general, no están involucradas en las acciones terroristas.

Europa y el socialismo

—Saltando a Europa, nos interesan particularmente los casos de Francia y de Portugal, países con los que España tiene fronteras. De Francia se ha dicho que podría ser la repetición europea de la experiencia allendista en Chile, con la ventaja para nuestro vecino de que pertenece al bloque industrial desarrollado. ¿Qué matices aportaría este factor al total del proceso? ¿Sería elemento determinante para que la experiencia resultara esta vez triunfadora?

—La posibilidad de llegada al Gobierno de la coalición formada por socialistas, comunistas y radicales de izquierda fue muy real hace un año. En un próximo futuro, esta posibilidad continuará siendo seria en la medida en que se mantenga la unidad de la izquierda y que continúe deteriorándose la situación económica y social. Pero las mismas fuerzas sociales e internacionales que se movilizaron en el caso de Chile para impedir el acceso al Gobierno de la Unidad Popular, primero, y para derrocarlo, después, se moverían en Francia. De hecho, ya se están moviendo para impedir la subida al poder de un Gobierno de Unidad Popular. Si éste llegara a instaurarse, intentarían evitar que se consolide. La ventaja de Francia es que se podrá beneficiar de las enseñanzas del proceso chileno, disponiendo de muchos más recursos económicos y militares.

—Si llegara a implantarse un Gobierno de Unidad Popular en Francia, los dos frentes más importantes a través de los cuales actuaría la reacción interna e internacional son previsibles: intentaría precipitar al país en una crisis económica y hundirlo en una crisis política. Sin duda, la capacidad estructural de la economía francesa es muy superior a la chilena para resistir las presiones tendentes a provocar la crisis de los circuitos económicos. Desde ese punto de vista, la capacidad de consolidación y de desarrollo de una experiencia hacia el socialismo en Francia es mayor que en Chile. Y desde el punto de vista político, en la medida en que se eviten las manifestaciones agudas de crisis económica, la capacidad y flexibilidad de las instituciones políticas para evitar la crisis abierta podría ser en principio igualmente mayor.

—De Portugal se dice que camina hacia un sistema similar al peruano, salvando las diferencias naturales. ¿Qué perspectivas intuyes a corto plazo?

—La conducción de un proceso revolucionario, como la dirección de cualquier Estado, requiere la unidad de mando político y militar. Sin esa unidad, ningún Gobierno puede mantenerse. Y menos uno que esté involucrado en un proceso de transformaciones socio-económicas y políticas profundas. En las circunstancias reales en que se está moviendo Portugal desde hace un año, esa unidad de conducción no la han dado hasta la fecha los partidos políticos. Más bien al contrario: las diferencias y las divergencias que han surgido entre ellos han hecho materialmente inevitable que, si se quería preservar la unidad de conducción del Estado, el MFA (Movimiento de las Fuerzas Armadas) fuera asumiendo un papel protagonista cada vez más acentuado, por más que el poder real siempre lo tuvo el Movimiento de las Fuerzas Armadas desde el veinticinco de abril de mil novecientos setenta y cuatro. Si se hubiera producido una identificación cada vez mayor entre socialistas y comunistas, en lugar de su confrontación, en torno a objetivos a corto y mediano plazo, los oficiales del Movimiento de las Fuerzas

Armadas hubieran sentido menos necesidad de imponer el predominio de su dirección. En la medida en que se fortalezca la unidad de conducción dentro de la izquierda militar y civil portuguesa, el proceso tendrá más posibilidades de supervivencia y de continuidad.

—Europa parece buscar, de una forma u otra, el socialismo en fórmulas diversas, según los distintos países. ¿Pueden los sistemas oriental y occidental encontrarse en un punto intermedio para dar lugar al nacimiento de un socialismo todavía no conocido?

—Las formas de transición al socialismo en curso son ya, a estas alturas, muy diversas. Ahí están los casos soviéticos, chino y yugoslavo. Y las formas de transición al socialismo en los países capitalistas industrializados van a ser, indudablemente, distintas de las históricas conocidas hasta hoy. En este sentido es más bien desorientador ir buscando un sólo modelo de socialismo —llámese «humano» o «no humano»—, porque no existe. En la realidad específica de cada país, en su relación concreta con las fuerzas mundiales que más inciden sobre él en cada momento, la que va a condicionar las formas reales de orden político, económico y social que adopte la transición al socialismo. Habrá más o menos pluralismo interno en función de la capacidad de amenaza que las fuerzas conservadoras puedan ejercer sobre un régimen popular. En consecuencia, hay que esperar no tanto la repetición de las experiencias hasta ahora conocidas cuanto la innovación constante en el futuro.

España

—¿Qué camino es previsible que adopte el cambio que la sociedad española parece estar pidiendo? ¿Podría tener alguna similitud con el portugués?

—En comparación con el Portugal de hoy, hay dos factores diferenciales a tener en cuenta: A) Las Fuerzas Armadas portuguesas fueron derrotadas en una guerra colonial, sostenida a lo largo de doce años y sin destino, guerra que produjo un deterioro moral en el seno de las instituciones militares y ter-

minó por enfrentarlas con las estructuras de poder del sistema salazarista. B) En el caso portugués no existe una Fuerza Armada salidas de una guerra civil, que es el factor político y militar más importante de la España de los últimos cuarenta años.

«Es inútil buscar en el extranjero un modelo de democracia o de socialismo para España. La democratización de nuestro país (y en su día el problema del socialismo) se planteará y se resolverá de acuerdo con las características de nuestra realidad actual y de nuestra personalidad histórica. Por consiguiente, es preferible concentrarse en el conocimiento real de las posibilidades y necesidades actualmente existentes y potenciarlas al máximo en función de los objetivos de democratización, y no esperar pasivamente a que se repitan aquí hechos que en otros países —más o menos próximos— han tenido efecto por razones muy propias de ellos, pero no del nuestro.

«El actual régimen español se fundamenta en una coalición de determinados sectores y clases sociales. El cambio de sistema político, en un sentido democrático, sólo es posible en la medida en que esa coalición social sea reemplazada por otra, abierta y representativa de la realidad actual del país, de sus necesidades y de sus aspiraciones, de las nuevas generaciones en particular y de los sectores populares en general.

«El pertenecer de lleno a la esfera de influencia de Estados Unidos, ¿puede predeterminar o influir sensiblemente el cambio en España?

—Depende de la evolución de los acontecimientos dentro y fuera de España. Nada es estático. Hay que diferenciar dos cosas: A) El camino hacia el socialismo en España requiere la democratización de la vida política y de la vida económica del país, sin ninguna duda. B) Otra cosa es que esta democratización se haga siguiendo un modelo occidental, porque no hay tal «modelo». Cuantas veces se quiera y pretenda seguir un modelo se llegará a frustraciones. Hay que ajustarse a la realidad intrínseca de nuestro país y en base a ella plantearse las necesidades y posibilidades de democratización y esforzarse por lograrlas, pero no buscando modelos que responden a una historia y a una personalidad distintas de las nuestras en sus dimensiones concretas.

—¿Crees necesaria la renovación o modernización del papel tradicional de los partidos políticos?

—La suerte y el destino de los partidos políticos, su propio resurgimiento y desarrollo, dependerán de su ajuste a la realidad del país. Si éste no se produce, o si se siguen modelos ideales o extraños a la realidad inmediata, será dificultado todo el proceso de democratización. De manera que, indudablemente, habrá que encontrar formas modernas y nuevas de organización de las fuerzas políticas democráticas en España si no queremos vernos encauzados hacia nuevos reveses y fracasos. ■ J. G. M.